

Beatriz Zepeda, compiladora

# Ecuador: relaciones internacionales a la luz del bicentenario



---

Ecuador: relaciones internacionales a la luz del bicentenario / compilado por Beatriz Zepeda.- Quito:  
FLACSO, Sede Ecuador, 2009. (Colección Bicentenario)

368 p. : ilus.; fotos; mapas

ISBN : 978-9978-67-224-2

RELACIONES INTERNACIONALES ; POLÍTICA EXTERIOR ; ECUADOR ; HISTORIA

327.866 - CDD

---

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador  
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro  
Quito-Ecuador  
Telf.: (593-2) 323 8888  
Fax: (593-2) 323 7960  
[www.flacso.org.ec](http://www.flacso.org.ec)

AECID  
Av. 12 de Octubre N24-593 y  
Gral. Francisco Salazar  
Edificio Plaza 2000, piso 10  
Quito-Ecuador  
Telf.: (593-2) 250 1118  
[www.aecid.ec](http://www.aecid.ec)

SEGIB  
Secretaría General Iberoamericana  
Paseo de Recoletos, 8  
Madrid 28001-España  
Telf.: +34 91 590 19 80  
[www.segib.org](http://www.segib.org)

ISBN: 978-9978-67-224-2  
Cuidado de la edición: Cristina Mancero  
Diseño de portada e interiores: Antonio Mena  
Imprenta: Rispergraf  
Quito, Ecuador, 2010  
1ª. edición: enero de 2010

# Índice

Prólogo .....	7
Presentación .....	11
Agradecimientos .....	13
Introducción .....	15
<i>Beatriz Zepeda</i>	
Separar y unir: algunas preguntas sobre la formación de las nuevas naciones andinas y sus relaciones a principios de la independencia .....	27
<i>Marie-Danielle Demélas</i>	
Traductores de la libertad. Filadelfia y la difusión del republicanismo en Hispanoamérica .....	45
<i>Rafael Rojas</i>	
Ecuador se inserta en el sistema de Estados: las relaciones internacionales de Ecuador entre 1830 y 1870 .....	77
<i>Carlos Espinosa</i>	

Ecuador y España a través del trato del general Flores con la Familia Real española: testimonios epistolares . . . . .	107
<i>Ana Gimeno Gómez</i>	
Ecuador y Colombia: afirmación autoidentitaria y conflicto en la era republicana temprana . . . . .	149
<i>Tomás Uribe Mosquera</i>	
México en Quito. Influjo de los embajadores mexicanos y su receptividad en el Ecuador de los años 1925-1950 . . . . .	195
<i>Rafael Quintero López</i>	
El conflicto limítrofe con Perú como eje ordenador de la política exterior ecuatoriana (1942-1998) . . . . .	233
<i>Francisco Carrión Mena</i>	
Estados Unidos y Ecuador durante la Segunda Guerra Mundial: conflicto y convergencia . . . . .	265
<i>George M. Lauderbaugh</i>	
Las relaciones entre Ecuador y Estados Unidos durante la Guerra Fría, del fin de la década del cuarenta a inicios de los años sesenta . . . . .	297
<i>Ronn Pineo</i>	
Ecuador en el mar. Materialismo, seguridad e identidad en la política exterior de un país periférico . . . . .	331
<i>Guillaume Long</i>	
Sobre las autoras y los autores . . . . .	365

## Las relaciones entre Ecuador y Estados Unidos durante la Guerra Fría, del fin de la década del cuarenta a inicios de los años sesenta

Ronn Pineo\*

Identificar una etapa en las relaciones entre Ecuador y Estados Unidos mediante la frase “la era de la Guerra Fría” es tomar como punto de partida la visión de Estados Unidos, ya que, si bien Estados Unidos ciertamente construyó sus relaciones con otras naciones alrededor de sus percepciones de la Guerra Fría, Ecuador no lo hizo así. Este ensayo analiza las relaciones entre Estados Unidos y Ecuador durante el punto más crítico de la Guerra Fría, particularmente los años que van del fin de la década de los cuarenta a principios de la década de los sesenta. Aunque durante esta época Estados Unidos mantuvo una gran ventaja de poder sobre Ecuador, no empleó automáticamente su superioridad militar y económica para imponerse ante Ecuador. Por el contrario, a menudo se vio frustrado en sus esfuerzos por alcanzar sus objetivos de política exterior en ese país andino.

Históricamente, Estados Unidos había demostrado poco interés en Ecuador. Existían muy pocas inversiones directas estadounidenses en Ecuador y, por ende, la política de Estados Unidos hacia Ecuador no había sido delineada por los importantes inversionistas en ese país, quienes en realidad eran pocos. Además, Ecuador no solo carecía de importancia para Estados Unidos en términos económicos, sino que rara vez adquiría importancia política o estratégica. Acaso sería justo decir que Ecuador revestía tan poca importancia para Estados Unidos que solo los

---

\* Traducción de Beatriz Zepeda y María Luisa Ortega.

peores diplomáticos estadounidenses eran asignados a la representación diplomática en Quito. En contraste, para Ecuador los puestos diplomáticos más deseados estaban (y siguen estando) en Estados Unidos. Varios presidentes ecuatorianos sirvieron primero como embajadores de su país en Estados Unidos. Consecuentemente, en las varias disputas diplomáticas que tuvieron lugar entre las dos naciones, Ecuador estuvo representado por hombres de gran intelecto, diestros y bien preparados, mientras que Estados Unidos usualmente se presentó con incompetentes mal entrenados. Los funcionarios ecuatorianos con frecuencia resultaron ser mejores estrategias que los desafortunados funcionarios norteamericanos. Ecuador podía haber sido menos poderoso, pero no carecía totalmente de poder.

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial y el deterioro de las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética, los políticos estadounidenses posicionaron la amenaza que percibían del comunismo internacional por sobre cualquier otra preocupación de política exterior, obsesión que, con el tiempo, los consumiría. Durante la década de los cincuenta, el secretario de Estado de Estados Unidos, John Foster Dulles, mantuvo reuniones anuales en Washington, D.C. con todos los embajadores latinoamericanos, en las que el tema a tratar fue siempre el mismo: el anticomunismo. En octubre de 1957, Dulles se dirigió a los embajadores latinoamericanos y los instruyó sobre la naturaleza de la amenaza soviética. En ninguna ocasión mencionó a Latinoamérica. Dulles volvió a reunir a los embajadores en mayo de 1958 para dirigirles otro de sus discursos sobre el comunismo, una vez más sin ofrecer espacio para hablar sobre asuntos latinoamericanos. En abril de 1959, el nuevo secretario de Estado, Christian A. Herter, convocó a los embajadores latinoamericanos a una reunión y siguió el ejemplo de Dulles. Herter habló al grupo sobre la amenaza del comunismo y tampoco mencionó a América Latina. En septiembre de 1959, Herter ofreció una presentación similar al discutir con los embajadores de Latinoamérica asuntos referentes a la Unión Soviética, Europa, la OTAN, Vietnam, Laos, pero nada sobre América Latina. En mayo de 1960, Herter habló con el grupo acerca de Berlín, Nikita Khrushchev, la OTAN, Charles de Gaulle, los aviones U-2 y China. En esta ocasión, Herter sí mencionó una o dos palabras sobre Latinoamérica,

pero solo después de recibir la sugerencia del embajador ecuatoriano José R. Chiriboga (MRE, CR, 1957-1960).

A pesar de estas sesiones de acoso verbal, pocos líderes latinoamericanos y ecuatorianos compartían genuinamente la preocupación de Estados Unidos respecto a la Unión Soviética. Francamente, ellos no veían a la URSS embarcándose en un proyecto de conquista mundial y ciertamente no consideraban que los soviéticos tuvieran mucha influencia en sus países. Pero si los funcionarios estadounidenses insistían en tratar únicamente esta temática, Ecuador también tenía su obsesión: tras la invasión peruana de 1941, que había tenido como consecuencia la pérdida de la mitad del territorio nacional del Ecuador, los políticos ecuatorianos estaban seriamente preocupados sobre la posibilidad de que Perú reanudara sus agresiones (Zook, 1964). En casi todas sus consideraciones de política exterior, los funcionarios ecuatorianos incluían su temor y repulsión hacia Perú: pensaban en combatir todas las amenazas potenciales de Perú, en vengarse de Perú, o, mejor aún, en idear alguna forma de recuperar su territorio de entre las manos de Perú (Terry, 1972).

Aun cuando la mayoría de los políticos ecuatorianos no compartía las percepciones norteamericanas sobre las amenazas del comunismo internacional, les fue muy útil aparentar que lo hacían. Los líderes ecuatorianos entendieron rápidamente cómo manejar las ansiedades de Estados Unidos para inducir a Washington a proveer apoyo económico y, especialmente, militar. Si Ecuador hubiera hablado a Estados Unidos de una amenaza peruana, no habría obtenido respuesta; pero si Ecuador podía mantener de alguna forma, por más improbable que esto fuera, que el armamento solicitado sería empleado en la defensa del hemisferio occidental frente a la amenaza del comunismo internacional, entonces Estados Unidos proveería aviones, buques de guerra, tanques, armas y municiones. Los políticos ecuatorianos sabían muy bien lo que debían decir.

Una creencia clave de los estadounidenses durante la Guerra Fría era que la Unión Soviética y sus Estados marioneta estaban en constante búsqueda de las debilidades de otros Estados para explotarlas a su favor. Estaban convencidos de que, si el Occidente bajaba la guardia en cualquier aspecto, el comunismo avanzaría. Para Ecuador, esta idea significaba que

ahora Estados Unidos le prestaría más atención. Así, Estados Unidos se comprometió más con Ecuador; se preocupó sobre lo que sucedía en el país y sobre las acciones del Ecuador en los foros interamericanos e internacionales. Como resultado de esto, por primera vez en la historia de las relaciones entre los dos países, Estados Unidos comenzó a emplear consistentemente su ventaja de poder contra Ecuador; empezó a inmiscuirse en los asuntos internos ecuatorianos, en ocasiones desempeñando un rol significativo en los desarrollos políticos, a través del uso de considerables recursos para imponer su voluntad.

En el período de la Guerra Fría, los líderes ecuatorianos jugaron hábilmente el juego diplomático con Estados Unidos. No obstante, sus manobras estuvieron limitadas a los espacios que podían encontrar dentro de los límites inherentes al paradigma de la Guerra Fría. Si los políticos ecuatorianos a menudo encontraron formas de emplear el tropo de la Guerra Fría a su favor, los confines de esta visión impuesta a Ecuador desde fuera eliminaban, en última instancia, la posibilidad de considerar muchas opciones de política, socavando seriamente la soberanía y el derecho de autodeterminación del Ecuador.

### La política exterior de Ecuador durante la postguerra

En el período de postguerra, Ecuador envió regularmente a sus representantes a los principales foros internacionales. En estas reuniones, Ecuador –con la agresión peruana en mente– buscaba cada oportunidad de generar respeto internacional por el principio de la solución pacífica de los conflictos internacionales. (Smith, 1996; Molineu, 1990; Langley, 1989; Child, 1980; Steward, 1980; Connell-Smith, 1974; Mecham, 1965). Para Ecuador, un asunto de crítica importancia internacional era el rol de Estados Unidos como uno de los garantes del Protocolo de Río de Janeiro de 1942 (junto con Brasil, Chile y Argentina), el convenio que puso fin a la guerra de 1941. Muchos ecuatorianos creían que Estados Unidos había forzado a su país a firmar el desastroso Tratado de Río, mediante el cual Ecuador renunciaba a aproximadamente 100 000 millas cuadradas de territorio (Zook, 1964). Los funcionarios estadounidenses no com-

prendían la naturaleza del reclamo; por el contrario, ellos creían haber beneficiado al Ecuador.

Debido a que Brasil era uno de los cuatro países garantes, el embajador norteamericano en Brasil, Ellis O. Briggs, terminó por involucrarse en la controversia. En un extenso telegrama dirigido al Departamento de Estado en 1957, Briggs realizó una lectura frontal de la situación: “El hecho es”, decía el embajador Briggs, “que Ecuador se considera [a sí mismo] estafado por [el] Protocolo [de Río] de 1942 y está dispuesto a echarlo por tierra”. Debía decirsele claramente al Ecuador –recomendaba Briggs– que los límites ya estaban marcados y que así permanecerían. “Ecuador puede estar [...] descontento, pero ¿y qué?”, preguntaba Briggs (*FRUS*, 1945-1947, 7: 981). El Departamento de Estado compartía esta misma opinión. Estados Unidos prestaba, en efecto, muy poca atención a los asuntos concernientes a la política exterior de Quito. Ellos tenían una agenda completamente diferente.

### La Guerra Fría llega a Latinoamérica y Ecuador

El anticomunismo no fue solamente una importante preocupación de política exterior para Estados Unidos en los años de postguerra. Fue, más bien, la preocupación dominante; una fijación, inclusive, que tiñó la política exterior de Estados Unidos en todo el orbe. En el caso de Latinoamérica, Estados Unidos insistió en que todos los países rompieran relaciones con la Unión Soviética. Esta exigencia resultó irónica, ya que, previamente, durante las décadas de los veinte y treinta, la mayoría de los países latinoamericanos no había reconocido a la URSS y solo la reconocieron después de que Estados Unidos los exhortara repetidamente a hacerlo, una vez que la Unión Soviética se uniera a la causa de los Aliados durante la Segunda Guerra Mundial. Por otra parte, durante la guerra, los partidos socialistas y comunistas de Latinoamérica crecieron en número y ganaron prestigio en virtud de sus vínculos con la Unión Soviética, que entonces era vista como una aliada honorable de Estados Unidos y los otros países en la lucha contra el fascismo. Pero cuando comenzó la Guerra Fría, Estados Unidos empezó a exigir no solo que los Estados latinoamericanos

rompieran relaciones con la Unión Soviética, sino también que clausuraran sus partidos comunistas y socialistas, y que eliminaran sus sindicatos de izquierda.

Los líderes latinoamericanos y ecuatorianos creían que durante la Segunda Guerra Mundial habían sido fieles aliados de Estados Unidos, especialmente al proveer materias primas a precios inferiores a los del mercado, con el fin de apoyar el esfuerzo bélico de los Aliados. Una vez terminado el conflicto, creían que era tiempo de que se les retribuyera por su lealtad y sacrificio. En lugar de esto, apenas terminada la guerra, Estados Unidos comenzó a fijar su atención en nuevos puntos críticos para la Guerra Fría, otorgando, en 1948, 12 400 millones de dólares en subvenciones bajo el Plan Marshall<sup>1</sup> (llamado así por el secretario de Estado norteamericano, George C. Marshall, 1947-1949), para la reconstrucción de Europa. Los líderes latinoamericanos no podían sino ver con amargura cómo Estados Unidos entregaba esta generosa ayuda para la reconstrucción de postguerra, incluso a países como Japón y Alemania, sus enemigos del Eje, mientras ellos no recibían nada.

En el período de 1948 a 1958, Latinoamérica solo recibió 2,4% de la ayuda económica americana, menos que Bélgica y Luxemburgo. Tal como lo manifestó un funcionario del Departamento de Estado en un memorando de circulación interna: “muchos ecuatorianos piensan que [...] el apoyo [norteamericano] ha sido mezquino, particularmente en comparación con lo que se considera son nuestros generosos desembolsos en Europa” (*FRUS*, 1950, 2: 862). Para el diplomático ecuatoriano Dr. Julio Prado Vallejo, Estados Unidos había invertido su dinero en otros países, ignorando a los latinoamericanos porque no había encontrado ninguna amenaza comunista en ellos. “Quizás lo que Latinoamérica necesita[ba] hacer [era] importar algunos comunistas”, expresó secamente Prado Vallejo (*MRE-CR*, 1956).

Los líderes latinoamericanos sintieron que se abusaba cada vez más de ellos, pues creían que Estados Unidos los presionaba fuertemente en asuntos concernientes a sus intereses, mientras que ignoraba sus preocupaciones legítimas, especialmente las relacionadas con la baja de aranceles

1 El nombre oficial era “Acta de Cooperación Económica”.

y precios justos para sus exportaciones, así como sus aspiraciones de obtener asistencia con desarrollo económico. Este punto de vista de los países latinoamericanos, a menudo liderados por Ecuador, comenzó a manifestarse desde 1945 durante la Conferencia Interamericana sobre los Problemas de la Guerra y de la Paz, llevada a cabo en la Ciudad de México.

En agosto de 1947, los delegados de Latinoamérica y Estados Unidos se reunieron en Quitandinha, Brasil (cerca de Río de Janeiro) para la Conferencia Interamericana para el Mantenimiento de la Paz y la Seguridad del Continente. Estados Unidos quiso aprovechar esta reunión para negociar un tratado de seguridad colectiva anticomunista con América Latina, reforzando su esfera de influencia y liberándose así para enfocar sus energías en otras regiones que consideraba de mayor importancia. Los delegados latinoamericanos intentaron aprovechar la Conferencia para negociar un “Plan Marshall” para Latinoamérica. Su propuesta consistía en que, a cambio de entregarle a Estados Unidos lo que quería —un compromiso colectivo anticomunista (el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, resultado de la Conferencia)—, Latinoamérica recibiera ayuda estadounidense. Pero para los representantes estadounidenses tal propuesta resultaba absolutamente exasperante. ¿Por qué debía Estados Unidos *pagar* a los países de Latinoamérica por el privilegio de defenderlos del comunismo internacional? El secretario de Estado, Marshall, se negó a considerar siquiera la posibilidad, diciendo a los delegados latinoamericanos que esos asuntos deberían ser tratados en una Conferencia económica que se realizaría más adelante. Ecuador, por su parte, estaba dispuesto a aceptar la insistencia de Estados Unidos de formar una alianza militar antisoviética, pero también aspiraba a lograr un arreglo intrahemisférico. Esto es, Ecuador apoyaba la idea de la defensa mutua, no solo en contra de los ataques extrahemisféricos, sino también en el caso de suscitarse actos de agresión intrahemisféricos, como, por ejemplo, el que había ocurrido entre Ecuador y Perú en 1941. De acuerdo con el razonamiento ecuatoriano, esta medida prevendría futuras invasiones peruanas y, tal vez, abriría inclusive las discusiones sobre las implicaciones territoriales de la invasión anterior. Sin embargo, Ecuador encontró poco apoyo para su propuesta. Desairado, Ecuador daría entonces largas a la ratificación del Protocolo de Río.



En 1948 en la reunión de la Organización de Estados Americanos (la Novena Conferencia Internacional Americana, en Bogotá, Colombia), Ecuador continuó presionando por establecer mecanismos más efectivos para evitar la guerra entre los Estados del continente. También insistió en el tema del deterioro de los términos de intercambio para las exportaciones de Latinoamérica y cabildó intensamente a favor de mayor justicia para los países exportadores de materias primas. Esta última propuesta fue muy popular entre los Estados latinoamericanos; no obstante, el secretario de Estado, Marshall, informó a los delegados que no obtendrían ninguna consideración especial en materia de comercio ni acceso a asistencia del Plan Marshall. Les aconsejó, en cambio, dirigirse a inversionistas privados.

Los políticos estadounidenses no escuchaban a sus críticos latinoamericanos. De hecho, si algo pasaba, era que la obsesión de Estados Unidos con la Guerra Fría se estaba intensificando. En 1950, George Kennan viajó a Latinoamérica para informar sobre las condiciones de esa región al Departamento de Estado. A su regreso, Kennan articuló lo que sería una endurecida posición americana. “Las actividades de los comunistas”, advertía Kennan, “representan nuestro problema más serio en el área. Ellos han progresado al punto que deben ser considerados como un problema mayor”. Y agregaba: “[d]ebemos conceder que severas medidas gubernamentales de represión pueden ser la única solución” (LaRosa, 1999: 179, 182). Anteriormente, durante los primeros años después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos había presionado a Argentina, Brasil y Paraguay para adoptar formas más democráticas de gobierno. Ahora, con la llegada de la Guerra Fría, esos días habían terminado. Los políticos estadounidenses creían que no se podía confiar en que los gobiernos democráticos fueran suficientemente anticomunistas. En adelante, Estados Unidos apoyaría el desarrollo de gobiernos confiablemente anticomunistas, fueran estos autoritarios o no. Haciendo honor a esa práctica, el presidente Dwight D. Eisenhower (1953-1961) condecoró con la Legión del Mérito a brutales dictadores latinoamericanos como Marcos Pérez Jiménez, de Venezuela y Manuel Odría, de Perú.

En 1954, durante la reunión de la Organización de Estados Americanos (OEA) que se llevó a cabo en Caracas, Venezuela, el secretario de Estado, John Foster Dulles, (1953-1959) intentó que se emitiera una

resolución en contra del presidente de Guatemala, Jacobo Arbenz, considerado por Dulles y por los políticos norteamericanos como una amenaza comunista para la seguridad de Estados Unidos. En un esfuerzo por lograr apoyo, el presidente Arbenz envió al ex presidente José Arévalo a Quito para hablar con el presidente José María Velasco Ibarra. Pero fue inútil. Las presiones y amenazas norteamericanas fueron demasiado grandes y, al final, Ecuador y la mayoría de los países latinoamericanos votaron a favor de Estados Unidos. Solo Guatemala votó en contra, mientras México y Argentina se abstuvieron. Después de presionar para obtener apoyo para la posición de Estados Unidos sobre Guatemala, Dulles se marchó sin siquiera haber escuchado las peticiones de ayuda económica de América Latina. Al cabo de dos meses, la Agencia Central de Inteligencia (CIA) había puesto fin a la presidencia de Arbenz, despertando en Ecuador y el resto de América Latina fuertes sospechas acerca de una nueva política norteamericana de intervencionismo. Como lo describe el historiador británico Gordon Connell-Smith, la Guerra Fría había resucitado “la tradición de Estados Unidos de intervenir en asuntos internos y externos [de Latinoamérica], que había sido parcialmente interrumpida por la política del ‘Buen Vecino’ bajo la presidencia de Franklin Roosevelt” (Connell-Smith, 1974: 218). Naturalmente, los funcionarios norteamericanos de relaciones exteriores no percibían la situación de esta manera: combatir el comunismo era diferente. Estados Unidos no consideraba el derrocamiento en 1954 del gobierno democráticamente elegido de Guatemala como un acto de intervencionismo.

En 1956, Ecuador condenó fuertemente la invasión soviética de Hungría, aunque esta posición probablemente tenía menos que ver con el apoyo de Ecuador a Estados Unidos en la Guerra Fría que con el objetivo de oponerse a que las naciones poderosas invadieran a las pequeñas sin enfrentar mayores consecuencias. De manera similar, Ecuador votó en las Naciones Unidas para denunciar la invasión franco-británica a Egipto en 1956, pero, de nuevo, menos por apoyar a Estados Unidos que por defender sus principios de no permitir que las grandes naciones atacaran a los países pequeños (Terry, 1972).

Un área en la que Estados Unidos estaba dispuesto a ayudar a Latinoamérica era en las cuestiones militares. Washington quería reforzar los

ejércitos latinoamericanos para construir una defensa hemisférica contra el comunismo. Con este fin, en 1951, el Congreso norteamericano emitió el Acta de Seguridad Mutua donde se otorgaba asistencia militar a Latinoamérica a través de pactos bilaterales con cada Estado. Estados Unidos también intentó usar este apoyo como palanca para obtener la aquiescencia de los Estados latinoamericanos frente a su agenda de política exterior. Un ejemplo de ello fue la negativa de Ecuador a firmar el Pacto de Río de 1947. A Ecuador le molestaba el lenguaje del acuerdo que estipulaba que los tratados entre Estados solo podían ser modificados con el consentimiento de ambas / de todas las partes, dado que, como se dijo antes, Ecuador buscaba anular el Protocolo de Río de 1942 con Perú. Sin embargo, cuando en 1949 el Congreso norteamericano aprobó un programa de asistencia militar para América Latina por el monto de 1 500 millones de dólares, el Departamento de Estado informó a Ecuador que no recibiría ni un céntimo de la ayuda, a menos que suscribiera el Pacto de Río. Acorralado, Ecuador firmó el tratado en 1950.

Existían, no obstante, límites a la capacidad de influir la política exterior ecuatoriana que el envío de armamento daba a los Estados Unidos. Ecuador se encontró a sí mismo en una posición inusual de poder en 1950, cuando estalló la Guerra de Corea y aquel país ocupaba un asiento en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Con el fin de complacer a Estados Unidos, Ecuador votó en respaldo de la posición de Washington sobre Corea, a pesar de que el voto de Ecuador, sin duda, tenía menos que ver con favorecer a Estados Unidos que con la obsesión de la nación con Perú: Ecuador siempre se había opuesto a las invasiones. Pero Estados Unidos quería más de Ecuador que su voto en el Consejo de Seguridad; quería que Ecuador enviara tropas para combatir en Corea. Colombia envió 1 000 soldados (la única nación latinoamericana que lo hizo) y, según las palabras de los agregados militares ecuatorianos en Washington, por ello sería recompensada con asistencia militar y apoyo económico a “gran escala”. Estados Unidos exigió a Ecuador enviar 1 800 soldados y ofreció pagar por su “entrenamiento, equipo, armamento y transporte” (MRE-CR, 1950-1952). Ecuador rechazó esta “cuota de sangre” y en lugar de esto, envió 500 toneladas de arroz a Corea del Sur.

Al final, la firma del Pacto de Río y el voto en el Consejo de Seguridad resultaron ser suficientes para granjearse la ayuda militar de Washington. En enero de 1952, Ecuador se convirtió en el primer país latinoamericano en ratificar un nuevo acuerdo militar bilateral con Estados Unidos. Otras naciones de Latinoamérica pronto seguirían este ejemplo. A cambio de ayuda militar norteamericana, Ecuador y otros países latinoamericanos se comprometían a interrumpir su comercio con el bloque oriental, ayudar a Estados Unidos en Corea y en conflictos futuros, y usar las armas recibidas solamente para luchar contra el comunismo internacional, no para enfrentamientos entre países vecinos. Bajo este programa militar bilateral, de 1951 a 1961 Estados Unidos transfirió a Latinoamérica 66 millones de dólares al año en armamento. El número de efectivos norteamericanos estacionados en América Latina se elevó a 800, sin contar los agregados militares y las tropas estadounidenses en Panamá. Los oficiales latinoamericanos comenzaron a recibir entrenamiento en Panamá y en las bases de Estados Unidos. Estados Unidos monopolizaba ahora el entrenamiento y el equipamiento externo de los militares latinoamericanos (Child, 1980).

En ningún área la falta de acuerdo entre las prioridades de política exterior de Ecuador y Estados Unidos fue más evidente que en el tema de la asistencia militar y la venta de armas. Como lo expresó el embajador ecuatoriano Chiriboga, Estados Unidos vio su patrocinio del reforzamiento militar en América Latina como un esfuerzo para la creación de “una fuerza defensiva efectiva para contrarrestar la amenaza de una agresión soviética” (MRE-CR, 1954). Sin embargo, para Ecuador, el enemigo era Perú. En este contexto, Ecuador miraba con considerable alarma cómo Estados Unidos extendía su ayuda militar a Perú, quien, al parecer, recibía más de todo –aviones, buques, submarinos, tanques, armas, municiones, entrenamiento–. Perú obtuvo tres destructores; Estados Unidos se negó a vender a Ecuador siquiera destructores escolta. Ecuador se quejó de que Estados Unidos estaba alimentando una carrera armamentista entre Ecuador y Perú. La ayuda militar norteamericana para el Perú ascendió de 100 000 dólares en 1952 a 9,1 millones de dólares en 1956, y en total, Perú recibió 73,2 millones de dólares en apoyo militar entre 1952 y 1967, el tercer total más alto en América Latina, después de Brasil

y Chile (Clayton, 1999: 179-180). A los reclamos ecuatorianos los políticos estadounidenses respondieron que Perú había obtenido más que Ecuador porque pagaba en efectivo por la mayoría del equipamiento militar que recibía, mientras que Ecuador siempre compraba a crédito y era incumplido en sus pagos. Usualmente, el gobierno ecuatoriano carecía de los recursos para comprar incluso el equipo aéreo y armamento que le estaba asignado y no podía costear el mantenimiento apropiado del equipo que recibía. Por otro lado, Ecuador encontró poca seguridad en las afirmaciones de Estados Unidos en el sentido de que éste nunca permitiría que Perú atacara a Ecuador.

Más allá de la asistencia militar a Latinoamérica, tanto en forma de préstamos cuanto de subvenciones, la asistencia económica llegó casi siempre con carácter de préstamo (Kofas, 2001: 52, 59; Terry, 1972: 300). Ecuador tenía mala reputación al llegar el momento de pagar lo prestado. Durante la guerra, Estados Unidos había transferido 6 millones de dólares en equipo militar a Ecuador. Al finalizar la guerra, Estados Unidos exigió el pago de solo 575 000 dólares. Pese a esta reducción de más de 90% de la deuda, Ecuador no pudo pagar. Los funcionarios de Hacienda ecuatorianos ofrecían repetidamente un pago completo y oportuno, pero no lograban encontrar los recursos financieros para enviar dinero. Cuando en 1955, Estados Unidos insistió en cobrar el pago de la deuda, las autoridades ecuatorianas respondieron que los documentos relevantes al caso estaban perdidos. Los funcionarios norteamericanos, que habían enviado los documentos en tres ocasiones previas, enviaron nuevas copias. Finalmente, los funcionarios ecuatorianos sugirieron que podían pagar la deuda en un período de diez a quince años, empleando sucres ecuatorianos y no dólares. El Departamento del Tesoro de Estados Unidos rechazó la propuesta. Solo en 1956 Ecuador realmente concretó un acuerdo para pagar su deuda de la Segunda Guerra Mundial, en dólares, y en un período de varios años.

De 1945 a 1957, Estados Unidos entregó 2 600 millones de dólares en toda forma de créditos y subvenciones militares y económicas a Latinoamérica, pero solo el 2% del total, 48,5 millones de dólares, se destinó a Ecuador. Aún así, algún dinero se extendió a través de una variedad de iniciativas. Una de ellas fue el Programa de Asistencia Técnica *Point Four*

(“Punto Cuatro”) en operación de 1949 a 1961, manejado por la Administración de Cooperación Técnica (TCA) de 1949 a 1954, y por la Administración de Cooperación Internacional (ICA) de 1955 a 1961. El nombre del programa *Point Four* había sido tomado del discurso inaugural del presidente Truman en 1949, en el cual el presidente hizo un llamado a apoyar a los países más pobres del mundo, especialmente en las áreas de desarrollo industrial y científico. El Programa *Point Four* fue la respuesta de Truman a los críticos que creían que Estados Unidos había destinado la ayuda del Plan Marshall solo a las naciones europeas y ninguna al resto del mundo.

La fuente principal de ayuda económica para Ecuador fue el Banco de Exportación e Importación (Eximbank). El funcionario del Departamento del Estado, Spruille Braden, recomendó en un memorando interno en 1946 que el Eximbank apoyara de manera especial a Ecuador, haciendo notar que “Ecuador había aceptado un muy impopular convenio limítrofe en 1942, y había sido persuadido a tomar esta decisión en gran medida como resultado de las promesas de apoyo económico de Estados Unidos” (*FRUS*, 1946: 876). Los préstamos concedidos por el Eximbank sirvieron para financiar una amplia gama de proyectos en Ecuador: construcción de autopistas, incluyendo la autopista de Manta a Quevedo que daba servicio a la región costera central; suministro de agua para Quito, Latacunga y otras poblaciones; reconstrucción de Ambato tras el devastador terremoto de 1949; pavimentación de las calles, construcción de casas, nuevas facilidades portuarias para Guayaquil, aeropuertos para Quito y Guayaquil; una planta eléctrica para Quito (en Cununyacu) y programas de electricidad en 17 ciudades y pueblos; construcción de la línea férrea; desarrollo agrario, incluyendo iniciativas para la crianza de ganado ovino y de producción de palma africana; desarrollo de la industria pesquera; un programa para reforzar la colonización en la Amazonía y una iniciativa para construir un nuevo hotel y varios edificios más en Quito, con el fin de que Ecuador pudiera ser anfitrión de una Reunión de la Organización de Estados Americanos. A pesar de esta considerable generosidad, los préstamos de Estados Unidos generaron poca buena voluntad en Ecuador.

Por una parte, los préstamos representaban una pérdida de libertad de acción para Ecuador. El presidente Galo Plaza Lasso (1948-1952) invitó a una misión del Fondo Monetario Internacional (FMI) a Ecuador en 1949, cuyos miembros insistieron en que el gobierno ecuatoriano adoptara una serie de estrictas medidas de política monetaria, a cambio de lo cual se le abriría una línea de crédito. Sin embargo, una vez obtenido el préstamo, Ecuador dejó de lado estas estipulaciones y siguió su propio criterio. Disgustado, Camille Gutt, director del FMI, escribió que “el Fondo no puede sino concluir que las autoridades monetarias de Ecuador han actuado sin la aprobación del Fondo” y en una forma “inconsistente con las obligaciones de Ecuador que estipulan los artículos del Convenio”. Todo esto, escribió el embajador ecuatoriano, Augusto Dillon, fue como “un padre diciendo ‘esta vez no te castigaré, pero es mejor que te comportes en el futuro’” (MRE-CR, 1950-1952).

Parte del problema era que el Eximbank controlaba hasta el detalle los proyectos de obras públicas que patrocinaba en Ecuador. Por ejemplo, para obtener aprobación para el proyecto de construcción de la vía Manta-Quevedo en 1950, Ecuador tuvo que aceptar un plan detallado sobre la forma de emplear los fondos, concediendo al Banco la aprobación de los planos de construcción. Cuando la construcción no se desarrollaba precisamente en la forma que el Banco quería, éste amenazaba con retirar el crédito. Algunos créditos trajeron consigo aún peores intrusiones. En 1957, cuando comenzó a perder fuerza el *boom* bananero, el gobierno de Camilo Ponce Enríquez (1956-1960) acudió al FMI por un préstamo de 15 millones de dólares para la construcción de vías costeras y otras obras de infraestructura. Para obtener el préstamo, Ecuador tuvo que aceptar las exigencias del FMI concernientes al crédito interno y a la política fiscal, así como proporcionar a las corporaciones multinacionales mayor libertad para operar en Ecuador. Y, de nuevo, de 1963 a 1966, el gobierno obtuvo otros muy necesitados préstamos, pero solo después de haber instituido un rígido programa de austeridad fiscal, una política de crédito restrictiva, la devaluación de la moneda, el alza de los precios de gasolina, un incremento en las tarifas de electricidad y el despido de doscientos empleados en la planta eléctrica de Quito.

Por supuesto, el FMI y Estados Unidos sostenían que Ecuador había provocado que esas medidas invasivas fueran necesarias. Por ejemplo, al supervisar un préstamo para financiar la extensión de líneas de agua potable en Quito en la década de los cincuenta, el Eximbank exigió que la Hacienda municipal le enviara reportes mensuales sobre las rentas generadas por el agua potable. Sin embargo, el Banco tomó esta acción solo después de que el gobierno de la ciudad hubiera dejado de depositar sus rentas por agua potable en el Banco Central del Ecuador, tal como había sido estipulado previamente. En otras ocasiones, las agencias de cooperación de Estados Unidos reclamaban que Ecuador estuviera empleando los fondos de los préstamos en formas no autorizadas. En algunos casos, éste era el resultado de la naturaleza altamente descentralizada de la burocracia ecuatoriana, pues nadie en el gobierno ecuatoriano parecía ser responsable, nadie comprendía el cuadro completo y nadie parecía saber lo que estaba sucediendo. A menudo, el gobierno ecuatoriano carecía del dinero necesario para contribuir con su parte de los costos de los proyectos de desarrollo financiados por el exterior. Como resultado de esto, gran parte de los préstamos nunca fue utilizada. Exasperado por estos y otros problemas, el Eximbank desistió en su intento de trabajar con Ecuador. Como lo expresó el presidente del Banco, Samuel C. Waugh, “no han cumplido las promesas [...] que han hecho” (*FRUS*, 1955-1957, 7: 991-992). Otro funcionario de ese Banco agregó: “cada crédito otorgado a Ecuador se convierte en un dolor de cabeza” (MRE-CR, 1957).

Así, mientras algunos créditos llegaron a Ecuador, éstos nunca fueron tan cuantiosos como los que recibieron otras naciones de Latinoamérica, nunca lo suficientemente grandes para ajustarse a las necesidades del Ecuador, y, al final, parecían generar solo malentendidos y disputas. Los créditos del Eximbank hacia Latinoamérica alcanzaron entre 1962 y 1987 la suma de 10 000 millones de dólares, de los cuales 64,4 millones (el 0,6%) fue para Ecuador. Ecuador recibió menos que Paraguay, menos que Jamaica, y un cuarto de lo que recibió Perú. El total de los préstamos concedidos por el gobierno de Estados Unidos a Ecuador en el mismo período sumó los 661 millones de dólares, el 2% del total latinoamericano. Perú recibió el doble de lo que recibió Ecuador, e inclusive Haití y Guatemala recibieron más que Ecuador (Molineu, 1990:100).

Más aún, las sumas relativamente menores que recibió Ecuador llegaron con condiciones. El embajador de Ecuador ante Estados Unidos, José R. Chiriboga, expresó desafiantemente en una reunión con los funcionarios del Departamento de Estado americano que Ecuador “no podría ni debería permitir... [que otros] dicten las políticas de desarrollo económico en el país” (*FRUS*, 1952-1954, 4: 988). Pero Chiriboga estaba equivocado. Ecuador estaba pagando por la ayuda externa con cada vez mayor pérdida de su autonomía.

### La decimoprimer Conferencia Panamericana

En 1958 Ecuador recibió un préstamo de 2,5 millones de dólares del Banco de Importaciones y Exportaciones como apoyo para cubrir los costos implicados en la organización de la decimoprimer Conferencia Panamericana. La reunión de la OEA, llevada a cabo cada cinco años, fue programada para realizarse en Quito en 1959. Ecuador usó el crédito estadounidense para emprender una ambiciosa serie de construcciones: un nuevo aeropuerto para Quito, un edificio legislativo, la remodelación del Palacio de Gobierno y del Ministerio de Relaciones Exteriores, la adquisición de equipos de radio y, lo más impresionante de todo, el hermoso nuevo Hotel Quito, sede oficial de la Conferencia. Cuando la construcción comenzó a demorarse, la OEA decidió posponer la reunión hasta 1960 (Martz, 1968).

Mientras ayudaba a Ecuador a prepararse para la Conferencia, el Departamento de Estado enfatizó la necesidad de tomar medidas para prevenir que los comunistas tomaran el control de las reuniones. Con este fin, Estados Unidos ofreció su asistencia para descartar a los agentes comunistas, silenciando su propaganda y alertando a todos los ecuatorianos sobre el peligro de una potencial infiltración comunista. Estados Unidos también equipó con armas antidisturbios a las fuerzas de seguridad ecuatorianas. Los planificadores ecuatorianos dijeron estar de acuerdo con Estados Unidos sobre la naturaleza de las potenciales amenazas que enfrentaba la Conferencia, aunque, añadieron, creían que los peruanos estaban actuando en coordinación con la conspiración comunista internacional para

ocasionar disturbios. Desde luego que todo esto colocaba a Ecuador en una doble situación. Por una parte, tenía que asegurar a Washington que tenía a los comunistas bajo control o, de otro modo, pondría en riesgo su oportunidad de ser la sede de la reunión de la OEA, pero, por otra parte, debía admitir que los comunistas eran una amenaza seria en Ecuador, para así obtener ayuda financiera con fines militares.

En diciembre de 1960, el periodista estadounidense Tad Szulc publicó un artículo de su autoría en el *New York Times* aseverando que Cuba y Ecuador comenzaban a mantener relaciones cercanas y que Castro quería hacer de Ecuador un puesto de avanzada para la revolución comunista. Szulc afirmaba tener información acerca de la oferta de armas que Castro había hecho a Ecuador en caso de que se desatara una guerra con Perú. “La opinión creciente en Latinoamérica es que la situación ecuatoriana se está convirtiendo rápidamente en el problema más serio en el hemisferio occidental”, afirmaba Szulc. Y añadía:

los reportes de la inteligencia ecuatoriana, basados en documentos interceptados del Partido Comunista, indican que los comunistas planean hacer uso de la violencia en la Conferencia [de Quito] para desacreditar al sistema interamericano. De acuerdo con los documentos, los comunistas intentaban usar la disputa limítrofe con Perú para organizar disturbios en la reunión (*New York Times*, 1960).

No había ninguna verdad en esto; el artículo de Szulc, escrito desde Venezuela, había sido profundamente irresponsable.

La planificación de las reuniones enfrentó mayores problemas cuando el presidente entrante, José María Velasco Ibarra (1960-1961, en su cuarto mandato) anunció sus intenciones de aprovechar la Conferencia para ventilar sus puntos de vista sobre el asunto limítrofe con Perú. Ante esto, Perú anunció que no asistiría. Washington también se molestó con el anuncio de Velasco Ibarra. Estados Unidos había planeado usar esta Conferencia para presentar una oposición unida a la Cuba comunista, no para escuchar los reclamos de Ecuador sobre Perú. En medio de todo esto, se conocieron los esfuerzos fallidos de los exiliados cubanos, apoyados por Estados Unidos, para derrocar a Fidel Castro en la invasión de Bahía de

Cochinos, en abril de 1961. Esta renovación del intervencionismo estadounidense molestó profundamente a los presidentes latinoamericanos.

Las opiniones en Ecuador y en toda Latinoamérica estaban en contra de Estados Unidos. Como Philip Agee, un agente Americano de la CIA en Ecuador, expresó: “ellos odian más la intervención de Estados Unidos que el comunismo” (Agee, 1975: 165). Varias naciones latinoamericanas hicieron un llamado a cancelar la reunión de la OEA en Quito. Ecuador aceptó posponerla. De cualquier manera, Ecuador aún no estaba listo, los edificios no se habían terminado y había un serio descontento civil frente a la tambaleante administración de Velasco Ibarra. Más tarde, en 1964, la OEA sugirió que Ecuador mantuviera su posición como sede de la reunión, pero en esta ocasión Costa Rica y Venezuela anunciaron que no asistirían. Perú nuevamente anunció que no participaría si Ecuador planeaba sacar a flote el tema limítrofe, y Bolivia expresó que tampoco iría, a menos que se considerara tratar sus preocupaciones limítrofes con Chile.

Dados todos estos factores, Ecuador decidió que no tenía interés en ser la sede de la Conferencia. Poco tiempo después, la OEA abandonaría su idea de realizar reuniones cada cinco años.

### La cuestión cubana

Uno de los principales objetivos de política exterior de Estados Unidos durante estos años fue aislar a la Cuba de Castro del resto del hemisferio. En Ecuador, sin embargo, la situación política interna dificultó enormemente a Washington la consecución de esta meta. Tras el derrocamiento, por un golpe militar, del presidente Velasco Ibarra en noviembre de 1961, el vicepresidente Carlos Julio Arosemena Monroy (1961-1963), el fantásticamente acaudalado hijo de notables guayaquileños, asumió la presidencia. En un intento por demostrar su independencia política, el presidente Arosemena Monroy restableció relaciones con Polonia y Checoslovaquia, entonces miembros del bloque socialista. Luego viajó a la Unión Soviética, donde habló también de reanudar relaciones. Naturalmente, Estados Unidos no aprobaba ninguna de estas acciones. La situación alcanzó un punto álgido durante la Octava Reunión de Consulta de

Ministros de Relaciones Exteriores que se llevó a cabo en Punta del Este, Uruguay, en enero de 1962 (Punta del Este II). El secretario de Estado de Estados Unidos, Dean Rusk, intentaba hacer que la OEA aprobara varias medidas anti-Castro, incluyendo la suspensión de Cuba de ese organismo. La delegación ecuatoriana votó a favor de todas las medidas que condenaban a la Cuba de Castro, a excepción de la última: junto con Argentina, Chile y Brasil, Ecuador se abstuvo en la votación para imponer un embargo comercial a Cuba y suspenderla de la OEA. Aún así, dieciséis países latinoamericanos respaldaron la posición de Estados Unidos y las medidas se aprobaron.

En su momento, Arosemena terminaría por romper también relaciones con Cuba. El 11 de diciembre de 1961, un camión irrumpió en la embajada ecuatoriana en La Habana. Los ocho ocupantes cubanos del vehículo buscaban asilo político. El ejército cubano abrió fuego, matando a tres de ellos e hiriendo a otros cuatro. Después de considerar la situación, Arosemena cambió el rumbo de su política y rompió relaciones con Cuba el 3 de abril de 1962.

### La Alianza para el Progreso

A solo dos meses de haber subido al poder, el presidente John F. Kennedy (1961-1963) presentó, en una intervención especial ante el Congreso, su iniciativa de la Alianza para el Progreso, con la que intentaría dar un giro dramático en la política estadounidense de Guerra Fría hacia América Latina. El programa era consistente con la visión general del joven presidente, una visión de poderosa confianza en sí mismo, de acción audaz y de un optimismo sin límites. Kennedy y sus principales consejeros creían que Latinoamérica podía ser reformada, siempre y cuando aceptara la guía norteamericana. La acción de Estados Unidos —creían Kennedy y su equipo— podría elevar a América Latina al punto de “despegue” para el desarrollo económico autosostenible. Estados Unidos mostraría el camino a las repúblicas de Latinoamérica, ayudándolas a implementar las bases sociales y económicas correctas, sobre las cuales podrían construir democracias fuertes. Kennedy y sus asesores creían que, de esta forma,

Estados Unidos podría prevenir la expansión del comunismo en Latinoamérica (Rabe, 1999).

Varias fuerzas se habían conjugado hacia finales de la década de los cincuenta y principios de los sesenta para hacer posible la Alianza de Kennedy. Sin duda, el desastroso viaje a Latinoamérica del vicepresidente Richard Nixon, en mayo de 1958, había provocado que se reconsiderara la política de Estados Unidos hacia el hemisferio americano. En Lima, estudiantes molestos habían lanzado piedras a Nixon y alguno se había levantado de entre la multitud acercándose lo suficiente para escupir en la cara al vicepresidente. En Caracas, una multitud atacó el convoy de Nixon y sacudió el auto en el que viajaba el vicepresidente antes de que éste finalmente pudiera escapar. Estos eventos hicieron preguntarse a muchas personas en Washington por qué la gente en Latinoamérica odiaba tanto a Estados Unidos. Al mismo tiempo, la “Operación Panamericana”, una propuesta del presidente de Brasil, Juscelino Kubitschek, para el desarrollo económico de la subregión, y la subsiguiente “Acta del Comité de los 21” de la OEA, firmada en Bogotá en 1960 (y en la que Ecuador asumió un rol principal), provocaron el temor de Estados Unidos en torno a la posibilidad de que Brasil alejara a América Latina de la órbita estadounidense.

Como es usual, en la implementación de la política exterior de Estados Unidos se mezclaron el conflicto y la contención. La gama de impulsos en disputa que habían dado origen a la Alianza para el Progreso incluía el incentivo a la democratización y un llamado a la justicia social y económica. Pero, sobre todo, la Alianza fue una respuesta a Fidel Castro. Kennedy temía que, a menos que Estados Unidos actuara para hacer posible la reforma en Latinoamérica, más países se unirían al campo socialista. Antes que nada, la Alianza para el Progreso reflejó el esfuerzo de Estados Unidos para prevenir el surgimiento de “otras Cubas”.

Para lograr estos objetivos, la Alianza presentó una ambiciosa agenda de diez años que pretendía fomentar la industrialización, reducir el desempleo, eliminar la mala distribución del ingreso, llevar a cabo reformas agrarias, aumentar el índice de escolaridad, eliminar el analfabetismo y mucho más. Con el fin de revisar el proyecto, se organizó una reunión en Punta del Este, Uruguay, en 1961. Los presidentes latinoamericanos

que asistieron a la reunión quedaron simplemente deslumbrados. Finalmente, Estados Unidos escuchaba a Latinoamérica y, mejor aún, comenzaba a abrir su billetera. Washington ofreció aportar 20 000 millones de dólares para la Alianza. Latinoamérica había recibido solo el 3% de toda la ayuda norteamericana bajo la presidencia de Harry S. Truman (1945-1953), y el 9% bajo la presidencia de Dwight D. Eisenhower (1953-1961). En contraste, durante las presidencias de John F. Kennedy y Lyndon B. Johnson (1963-1969), América Latina pudo obtener casi 18% de la ayuda al desarrollo estadounidense. Mientras que la ayuda económica de Estados Unidos a Latinoamérica alcanzó una suma promedio de 204 millones al año durante el período de Eisenhower, esta suma ascendió a 1 300 millones de dólares anuales durante las presidencias de Kennedy y Johnson (Molineu, 1990: 29-30). En toda Latinoamérica, la gente común demostraba gran afecto por Kennedy; cortaba, por ejemplo, su imagen de las revistas para colgarla en la pared de sus casas. En Loja, los patricios de la ciudad rebautizaron el bulevar principal como “Avenida Kennedy”. La imagen de Estados Unidos en Latinoamérica había alcanzado lo que sería su nivel más alto hasta —o desde— entonces.

Pero apenas dos años después de haber celebrado el lanzamiento de la Alianza para el Progreso, mucha gente en Estados Unidos y Latinoamérica había comenzado a ver el programa como un fracaso. Muy poco había resultado como se esperaba. Por una parte, existía una constante intranquilidad sobre la manera cómo se desembolsaba el dinero. Todas las propuestas latinoamericanas para emplear los fondos de la Alianza debían ser examinadas por un Consejo de nueve expertos, los “nueve sabios”, y sus silenciosos procesos originaron un considerable rencor. Tal como lo han expresado los historiadores de la Alianza, Jerome Levinson y Juan de Onís:

la situación resultante [...] fue lo peor de ambos mundos. El pueblo de Estados Unidos [...] pensaba que su generosidad [...] no [había sido...] apreciada [...], mientras los latinoamericanos generalmente resentían las restricciones que se ponían sobre el uso de los fondos [...], al igual que la actitud condescendiente [de los funcionarios Americanos] (Levinson y de Onís, 1999: 201).

Durante los años sesenta, la ayuda total de Estados Unidos a Latinoamérica alcanzó los 22 300 millones de dólares, hasta ahora la suma más grande que Estados Unidos ha entregado a la región. Sin embargo, y pese a su magnificencia, el dinero no había sido suficiente para tener un impacto real: la suma total equivalía a dar diez dólares por año a cada persona. Más aún, a diferencia del Plan Marshall para Europa occidental, cerca de tres cuartas partes del dinero de la Alianza se había extendido en préstamos reembolsables, no en subvenciones. Existían, además, otros problemas: tres cuartas partes de los fondos asignados nunca llegaron a Latinoamérica, quedando perdidos sin esperanza en los vericuetos de la burocracia. Los fondos que sí llegaron eran comúnmente preasignados a la adquisición de mercancías americanas, generalmente vendidas a precios no competitivos. Más aún, demasiado dinero de la Alianza fue destinado al pago de la deuda externa de Latinoamérica (esto es, el dinero terminó siendo depositado en bancos americanos). Adicionalmente, las élites de Latinoamérica siempre habían visto con hostilidad los objetivos de la Alianza, en particular los relativos a la reforma agraria y los impuestos progresivos, aun cuando seguramente les gustaba la idea de acceder al dinero de la Alianza para financiar proyectos que las beneficiaran, tales como nuevos puentes y autopistas, que preferían no pagar por su cuenta. Tal vez lo peor de todo haya sido que el dinero de la cooperación haya terminado en manos de líderes corruptos autoritarios; notoriamente, el gobierno militar y brutalmente represivo que asumió el poder en Brasil en 1964.

Por supuesto que algunos programas de la Alianza fueron beneficiosos. En este contexto merece destacarse el Cuerpo de Paz. Los 6 000 voluntarios que llegaron a Ecuador (desde 1960 hasta el presente) hicieron mucho por ayudar a los necesitados y mejoraron la imagen que los ecuatorianos tenían de los estadounidenses. Sin embargo, la mayoría de los objetivos sociales y de desarrollo de la Alianza se vieron completamente eclipsados por la agenda militar y anticomunista del programa. Escandalizados por la posibilidad de que comunistas de otras naciones latinoamericanas siguieran el liderazgo revolucionario de Castro, los políticos estadounidenses se enfocaron aún más en construir y reforzar las capacidades de contrainsurgencia de las fuerzas armadas y policías de Latinoamérica. Estados Unidos proveyó armas ligeras, ideales para combatir a la guerrilla, entrenamiento

contrainsurgente para miles de militares y de personal policial en la Escuela de las Américas en Panamá (conocida por sus críticos como “la escuela de los golpes”) y, en 1962, abrió el Colegio Interamericano de Defensa en Fort McNair, Washington D.C., para oficiales latinoamericanos. La ayuda militar de Estados Unidos para Latinoamérica creció de 66 millones de dólares al año, entre 1953 y 1961, a 172 millones de dólares al año, entre 1961 y 1964.

Como lo resume el historiador Federico G. Gil: “El objetivo más consistente de Estados Unidos [con respecto a la Alianza...] fue el de preservar la estabilidad, de oponerse al comunismo, [...] y estas metas [...] no siempre [fueron] compatibles con la reforma” (Gil, 1988: 18-19). A fin de cuentas, la Alianza para el Progreso significó, más que cualquier otra cosa, una ayuda militar para combatir la insurgencia interna y su resultado neto fue el reforzamiento de regímenes autoritarios y represivos en Latinoamérica. De esta manera, la Alianza para el Progreso contribuyó maravillosamente al surgimiento de gobiernos militares a lo largo y ancho de Latinoamérica en los años sesenta. Solo entre 1962 y 1963 se llevaron a cabo seis golpes de Estado en la región. En el período de 1961 a 1969, dieciséis gobiernos civiles en Latinoamérica fueron derrocados y reemplazados por los militares. La mayoría de los líderes golpistas se había formado en Estados Unidos o en la Zona del Canal. Cuando Lyndon B. Johnson asumió la presidencia, centró su atención en Vietnam y redujo drásticamente los fondos de la Alianza. Cuando Richard M. Nixon tomó el cargo (1969-1973), eliminó por completo la Alianza.

### La CIA en Ecuador

Un aspecto crítico de las actividades estadounidenses en Ecuador –algo que silenciosamente subyace a todas las relaciones entre países– fue el rol que desempeñó la CIA. Normalmente, es menos que imposible obtener información sobre las operaciones secretas de la CIA, pero para Ecuador sí existieron fuentes de primera mano. Philip Agee, enviado a Quito para servir como agregado auxiliar en la sección política de la Embajada americana de 1960 a 1963, fue, en efecto, un agente de la CIA. Agee presentó su



renuncia a la “compañía” en 1969 y escribió su denuncia en *Inside the Company: CIA Diary*, publicado por Bantam Press,<sup>2</sup> donde hizo públicos en toda su extensión sus conocimientos sobre las actividades secretas de la CIA en Ecuador.

Agee continúa siendo una figura profundamente controvertida. No satisfecho con revelar sus propias funciones dentro de la CIA, también expuso la identidad de miles de otros agentes, sin su conocimiento ni permiso, poniéndolos, junto con sus familias, en una situación de alto peligro. (Algunos críticos de Agee sostienen que sus revelaciones condujeron directamente al asesinato de un agente de la CIA en Grecia. Este cargo ha sido refutado por investigadores independientes, quienes concluyeron que otras fuentes de información conllevaron al descubrimiento de este agente y a su subsiguiente asesinato). Agee, temiendo una persecución criminal por traición, huyó de Estados Unidos a Cuba, donde vivió por el resto de sus días<sup>3</sup>.

Vale la pena mencionar que el uso de la información que Agee hizo pública no constituye una aprobación de sus actos. Más aún, dado que este material ha sido de dominio público desde los años setenta, usar esta información ahora no supone riesgo alguno para los agentes de la CIA. Para los estudiosos de las relaciones entre Ecuador y Estados Unidos durante la Guerra Fría, la pregunta no es tanto si las acciones de Agee fueron éticas, cuanto si la información que aportó es confiable. Sobre esta cuestión, al menos, hay un amplio consenso. Los simpatizantes de Agee aplauden su valentía por haber publicado lo que consideran una confesión brutalmente honesta; por su parte, sus críticos más acérrimos creen que el testimonio de Agee es demasiado preciso, una revelación traicionera de secretos de Estado que fueron puestos a disposición de los enemigos jurados de Estados Unidos y que conllevó directamente la muerte de, al menos, un agente.

La información que Agee proporcionó fue absolutamente escalofriante. El objetivo principal de la política exterior de Estados Unidos hacia

2 El libro fue publicado en español en 1975 bajo el título: *La CIA por dentro: diario de un espía*. Traducción de Silvia Serendegui, Buenos Aires: Sudamericana (BZ).

3 Agee murió en La Habana el 7 de enero de 2008 (BZ).

Ecuador en los primeros años de la década de los sesenta había sido –Agee lo confirmó– obstruir el avance de la influencia comunista. Para esto, la CIA trabajó arduamente con el fin de lograr que Quito rompiera relaciones con Cuba. La indiferencia de Velasco Ibarra frente a la amenaza comunista –una amenaza que él consideraba irreal– despertó gran preocupación en Estados Unidos. Cuando Velasco Ibarra tomó una actitud neutral hacia la Cuba de Castro, Estados Unidos empezó a trabajar tras bambalinas para orquestrar la caída de su gobierno.

La CIA se involucró en este trabajo de muchas formas: “Importante en la lista de prioridades [...]”, reportó Agee, “[fue] la incriminación de funcionarios soviéticos en las misiones diplomáticas o comerciales para provocar su expulsión” (Agee, 1975: 75). Entre las funciones de Agee estaba también la de desacreditar a la izquierda ecuatoriana e inducir al gobierno a hostigar a los partidos políticos y a los sindicatos de izquierda. Otra de las misiones de Agee era la de interferir en el sistema judicial. Agee falsificó documentos para manipular juicios y enviar a personas sospechosas de ser comunistas y a otros enemigos a prisión. La labor de Agee también implicaba la organización de fraudes electorales, incluyendo “la formación de ‘escuadrones de matones’ para intimidar a la oposición” o “la compra de votos y de oficiales de casilla” (Agee, 1975: 76). Con el fin de lograr sus metas políticas, la CIA canalizó dinero a los partidos de derecha e hizo uso de “guerras [...] económicas para agravar las condiciones económicas” y desestabilizar la ya tambaleante administración de Velasco Ibarra (Agee, 1975: 75). La CIA también pagaba la organización de manifestaciones anticomunistas “espontáneas” o para entorpecer y hasta impedir las visitas de diplomáticos cubanos o del bloque Este.

Otra de las principales estrategias de la CIA fue el reclutamiento de personal para servir como agentes y ayudar en las operaciones secretas. La CIA pagaba bien y logró penetrar las organizaciones políticas de izquierda, gracias a los agentes encubiertos que proveían una corriente constante de información acerca de las actividades de estos grupos. La CIA también plantó agentes en las asociaciones estudiantiles más importantes. Estos agentes estudiantiles resultaron ser particularmente útiles para diseminar la propaganda de la CIA. Ocasionalmente, la CIA imprimía propaganda “negra”, por ejemplo, volantes notoriamente izquierdistas, pero

en realidad diseñados por la CIA para poner a los grupos de izquierda en una posición desfavorable. De igual forma, la CIA pagaba a estudiantes para pintar las paredes con frases extremas o salaces, cuya autoría era atribuida a la izquierda. Finalmente, la CIA financió y colaboró con la publicación del periódico estudiantil *Voz universitaria*. Su editor, Wilson Almeida, constaba en la nómina de la CIA.

Algunos agentes reclutados por la CIA fueron especialmente valiosos, como el periodista Gustavo Salgado, autor de una popular columna en *El Comercio*. A cambio de pagos en efectivo, Salgado publicaba propaganda e información distorsionada de la CIA, especialmente documentos falsificados que tenían por objetivo desacreditar a quienes se oponían a la CIA. La campaña para influir en la prensa ecuatoriana iba a la par con el objetivo más amplio del presidente Kennedy de controlar al menos un diario y una estación de radio en cada nación latinoamericana.

Otros agentes de la CIA en Ecuador demostraron ser igualmente valiosos. La CIA pudo leer las transcripciones de las deliberaciones de la Junta Militar ecuatoriana de 1963 a 1966, porque la mujer que tomaba las notas taquigráficas era novia de un agente local de la CIA. El agente pasaba copias de las minutas a la CIA; Agee se jactaba de que a menudo la CIA leía las minutas de las reuniones incluso antes de que lo hicieran los miembros de la Junta. La CIA tenía también militares y oficiales de policía en su nómina, así como funcionarios, entre los que llegaron a contarse el alcalde de Guayaquil, Emilio Estrada Icaza, el embajador de Ecuador ante las Naciones Unidas, Manuel Naranjo, el ministro de Hacienda, Juan Sevilla, el ministro del Trabajo José Baquero de la Calle, e, incluso en una ocasión, el vicepresidente de la nación, Reinaldo Vera Donoso. Cuando Vera Donoso asumió la vicepresidencia después de la caída de Velasco Ibarra en noviembre de 1961, la CIA elevó su pago de 700 a 1 000 dólares mensuales. “Si llega a ser presidente” agregó Agee, “le pagaremos aún más” (Agee, 1975: 209). En 1961, tanto el segundo cuanto el tercero en la línea de sucesión presidencial constaban en la nómina de la CIA.

Un proyecto que consumía gran cantidad del tiempo de Agee era la lectura del correo proveniente de Cuba, el bloque soviético y China, la mayor parte del cual era escrito por ecuatorianos que se encontraban de viaje en estos países. La CIA tenía un agente en la oficina postal central

de Quito, cuyo trabajo era tomar los sacos del correo internacional que llegaban del bloque del Este y de Cuba, y entregarlos a su hermano quien, a su vez, los entregaba al personal de la CIA en la Embajada americana. Ahí, Agee y otros procedían a abrir el correo, a leerlo y a fotocopiar cualquier cosa que consideraran de interés, para luego volver a sellar los sobres y devolver todo a la oficina postal para su entrega. Usualmente se abrían de treinta a cuarenta cartas cada día. A partir de este trabajo, la CIA formaba las listas de personas a quienes debía vigilar.

No todos los intentos de Agee fueron exitosos. Cuando Velasco Ibarra decidió volver a recibir en Ecuador a la representación diplomática checoslovaca, Agee y la CIA tuvieron que apresurarse a colocar un micrófono clandestino en el edificio de la nueva Embajada. La construcción estaba resguardada por perros guardianes que debían ser drogados, de manera que Agee decidió probar un posible sedante en su propio perro. De alguna forma, Agee se equivocó con la dosis, provocando en su mascota un coma irreversible. La colocación de micrófonos ocultos en la Embajada de Cuba también resultó mal. El micrófono que se instaló quedó inexplicablemente sintonizado con una estación de radio local, grabando horas y horas de música popular ecuatoriana.

Gracias a Agee, ahora se conocen las actividades de la CIA en Ecuador de 1960 a 1963. Después de esta fecha, nuestra ventana hacia las actividades de la CIA se cerró, aunque esto no significa, por supuesto, que las operaciones de la CIA hayan cesado. Desafortunadamente, no se tiene información sobre las actividades clandestinas soviéticas o cubanas en Ecuador, aunque, cabe decir, ambos países tenían una presencia claramente menor a la que tenía Estados Unidos.

Las actividades de la CIA en Ecuador, en conjunto con otras acciones de Estados Unidos, tuvieron varias implicaciones serias. Uno de sus objetivos a largo plazo fue el de socavar el sindicalismo de izquierda en Ecuador. Washington condicionó la ayuda económica a la eliminación de las organizaciones laborales de izquierda. El gobierno de Estados Unidos financió el transporte de varios líderes sindicales ecuatorianos a Estados Unidos, donde los instruyó acerca de las virtudes de los sindicatos anticomunistas. Las acciones de la CIA se sumaban a estos esfuerzos de eliminar los sindicatos independientes y reemplazarlos con sindicatos dóciles

de derecha fundados por la CIA. El historiador Jon Kofas ha notado que: “Washington dio considerable ayuda financiera, técnica y de personal para debilitar [...]” el movimiento sindical de izquierda en Ecuador (Kofas, 1966: 84). Por lo tanto, es justo concluir que la debilidad histórica de los sindicatos en el Ecuador moderno es, por lo menos en parte, un resultado de las acciones estadounidenses.

Otra implicación de las actividades de la CIA en Ecuador fue la pérdida de las libertades civiles. La CIA mantenía una lista de personas a las que consideraba comunistas o comunistas potenciales, obteniendo los nombres de la información que proveían los informantes pagados, de los correos abiertos y de las listas de pasajeros que viajaban al bloque soviético. Cuando los militares asumieron el poder en 1963, clausuraron todos los partidos políticos y sindicatos de izquierda, impusieron la censura, declararon un toque de queda a las nueve de la noche, cancelaron las elecciones y prohibieron las huelgas. Entonces, usando la lista de “subversivos” de la CIA, el Ejército cercó y encarceló a alrededor de 125 personas, entre políticos, líderes, periodistas, intelectuales y escritores. Los profesores universitarios, cuyos nombres aparecían en la lista, fueron despedidos. De esta forma, Estados Unidos contribuyó activamente a socavar los derechos civiles en Ecuador.

Lo más serio de todo es que la CIA trabajó arduamente para crear una atmósfera de inestabilidad política en Ecuador. Dado que el presidente Velasco Ibarra (1960-1961) y el presidente Arosemena (1961-1963) se rehusaron, al menos por un tiempo, a romper relaciones con Cuba, la CIA se empeñó en derrocar estos gobiernos, financiando protestas, difundiendo a voz en cuello distorsiones y mentiras y, buscó, asimismo, exacerbar las tensiones y crear un ambiente de crisis y de descomposición social. Ecuador sufría de inestabilidad política crónica, pero, la evidencia lo comprueba, esto no era en pequeña medida un resultado directo de las acciones estadounidenses. Como Agee lo expresó “no estamos controlando al país, pero sí estamos direccionando los sucesos de la forma en que queremos” (Agee, 1975: 180).

## Conclusiones

La principal preocupación de política exterior del Ecuador en el período postguerra fue Perú, no la Unión Soviética. Perú había atacado a Ecuador y el objetivo número uno de la política exterior del Ecuador era asegurarse de que eso no volviera a suceder. Ecuador buscaba armas americanas y quería que Estados Unidos usara su influencia para controlar al Perú. A Ecuador, esta obsesión con Perú lo consumió; sus posturas sobre los asuntos internacionales se formulaban con el tema de Perú siempre en mente. Ecuador respaldó el concepto de desarme internacional, apoyando por ejemplo, la propuesta soviética de 1958 de que Estados Unidos recortara, como otros países ya se habían comprometido a hacerlo, sus gastos militares. Más que por una convicción sobre las bondades del desarme, Ecuador apoyó la moción de la URSS porque no podría competir jamás con Perú en una carrera armamentista. Ecuador también condenaba el concepto de adquirir territorio mediante la guerra, porque había perdido su territorio en el enfrentamiento con Perú en 1941. Ecuador consistentemente rechazó las invasiones de países pequeños a cargo de grandes potencias, en virtud de su propia experiencia con Perú. Ecuador siempre habló a favor de la solución pacífica a los conflictos entre naciones, porque había sido derrotado en la guerra con Perú.

Sin embargo, aun cuando pocos líderes ecuatorianos compartían la obsesión antisoviética de Estados Unidos, les resultó ventajoso fingir que sí lo hacían. Ecuador aprendió bien sus parlamentos en el guión de la Guerra Fría. En 1953, el embajador ecuatoriano en Estados Unidos, José R. Chiriboga, reportó que “Estados Unidos respaldará a aquellos gobiernos que constituyan un muro contra el comunismo” (MRE-CR, 1953). Era obvio lo que Ecuador debía decir si quería obtener la ayuda militar: Ecuador debía sostener que se enfrentaba a una amenaza comunista. Los funcionarios norteamericanos estaban usualmente prestos a aceptar dichos pronunciamientos, a pesar de que el argumento perfecto –considerar a los peruanos como comunistas– habría resultado obviamente exagerado. En algunas ocasiones, los funcionarios norteamericanos identificaban la amenaza comunista en Ecuador aun cuando nadie más la podía percibir, pero seguirles el juego no traía desventajas para

los líderes ecuatorianos. De hecho, no solo podría ayudar a conseguir más ayuda militar y económica, sino también ofrecía una conveniente explicación para la represión de la oposición política.

Por supuesto el anticomunismo de algunos ecuatorianos era genuino, especialmente entre los funcionarios del Ejército, quienes habían recibido grandes dosis de adoctrinamiento anticomunista en la Escuela de las Américas en la Zona del Canal, en Panamá, o en las bases de Estados Unidos. Pero para la mayor parte de los líderes ecuatorianos, el anticomunismo era algo menos que auténtico. Chiriboga, en una reunión con los funcionarios del Departamento del Estado, en mayo de 1957, sostuvo que el comunismo estaba avanzando en Ecuador y que el presidente Ponce estaba muy ocupado tratando de contener la amenaza. Chiriboga advirtió, además, que el líder de oposición, Guevara Moreno, y la Concentración de Fuerzas Populares (CFP) tenían vínculos con los comunistas. Peor aún, Chiriboga aseguró que los comunistas checoslovacos estaban agitando al Ecuador. Quizás demasiado cándidamente, Chiriboga dijo a los funcionarios norteamericanos que el presidente Ponce estaría dispuesto a expulsar a los checos a cambio de una ayuda de 16 millones de dólares (*FRUS*, 1955-1957, 7: 988-991).

En otra ocasión, Chiriboga reportó al Ministerio de Relaciones Exteriores en Quito que Estados Unidos consideraba a Ecuador como uno de los lugares donde la Unión Soviética podría intentar abrirse mercados en Latinoamérica. Chiriboga recomendó alimentar estos temores y, consciente de que esta acción persuadiría a Estados Unidos de ofrecer más préstamos y ayuda militar, fue aún más lejos al sugerir que Ecuador estableciera relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. Unas veces artificioosamente, otras veces no, Ecuador buscó volcar los miedos de la Guerra Fría de Estados Unidos para alcanzar sus propios objetivos.

Según el enfoque del entonces representante de Ecuador ante las Naciones Unidas, Dr. Julio Prado Vallejo, los políticos de Estados Unidos sufrían de una “psicosis comunista” (MRE-CR, 1956). Psicosis o no, las políticas estadounidenses que surgieron de esta obsesión y de la falta de entendimiento genuino para con Latinoamérica tuvieron muchas consecuencias negativas para la región. La ayuda militar estadounidense resultó particularmente dañina. Los buques de guerra que Estados Unidos

vendió a América Latina no ofrecían protección alguna contra el comunismo; las naves eran irremediamente anticuadas y no habrían podido competir con las naves soviéticas modernas. Más importante aún, la Unión Soviética no planeaba atacar Sudamérica. Los navíos americanos que las naciones latinoamericanas adquirieron fueron empleados únicamente para amenazar a los vecinos. Además, estos buques se adquirieron a precios muy altos que difícilmente los países latinoamericanos alcanzaban a pagar. Buques de guerra, aviones, tanques, rifles, municiones... Estados Unidos proveyó generosa ayuda militar a Perú, el archienemigo de Ecuador. Ecuador trató de mantenerse a la par, tratando de bloquear la venta de armas al enemigo y comprando cada vez más armamento. Las políticas americanas condujeron a una carrera armamentista entre Ecuador y Perú.

Durante la Guerra Fría, Ecuador se volvió más dependiente de Estados Unidos. Ecuador acudía sólo a Estados Unidos para comprar armas y equipamiento militar –inclusive los lubricantes que usaban las Fuerzas Armadas Ecuatorianas debían adquirirse a través del Pentágono estadounidense–. Ecuador también dependía de Estados Unidos para obtener préstamos y ayuda. En este contexto, los vínculos crecientes entre Ecuador y Estados Unidos tuvieron implicaciones importantes para la soberanía de aquel país. Los políticos estadounidenses administraban hasta el detalle los proyectos de obras públicas de Ecuador: el proyecto de la autopista de Manta, financiado por el Banco de Exportación e Importación, es, tal vez, el ejemplo más extremo. Ecuador no podía simplemente construir una vía donde y como quisiera, sino que tenía que ceder ante las decisiones tomadas por sus supervisores estadounidenses. Lo argumentado por los funcionarios norteamericanos acerca de que en Ecuador faltaba la experticia necesaria en materia de ingeniería era tan condescendiente como falso. Sin embargo, la dependencia de los préstamos que otorgaba Estados Unidos significaba que casi todas las decisiones acerca de las obras públicas que se construirían en Ecuador eran tomadas por un puñado de funcionarios en Washington D.C. Estos hombres lo decidían todo; no tenía caso que Ecuador objetara sus decisiones, ya que todos sus veredictos eran irrefutables. Esto era, tal como lo expresó el embajador Chiriboga: “una dictadura económica” (MRE-CR, 1953). Estados Unidos

empleó la palanca que le daban los préstamos y la ayuda militar para intentar forzar a Ecuador a actuar de acuerdo a sus deseos. Durante 1960-1961 Estados Unidos retuvo préstamos que se necesitaban con urgencia para obligar a Velasco Ibarra a adoptar una postura claramente hostil frente a Cuba. Conforme Velasco Ibarra fue redirigiendo su retórica hacia la derecha, el presidente perdía apoyo fundamental de la izquierda. Las protestas que siguieron y las huelgas a escala nacional terminaron por hacer caer al gobierno.

La política de Estados Unidos hacia Ecuador tuvo otras implicaciones. Durante la Guerra Fría los elementos más extremos de la derecha encontraron un aliado poderoso en Estados Unidos. Los líderes ecuatorianos aprendieron que cualquier acto de represión política, sin importar cuán salvaje, podía ser fácilmente excusable al etiquetar a las víctimas como “comunistas”. Estados Unidos indujo a los líderes ecuatorianos a interpretar cada marcha en pro de la justicia social, cada protesta de los hambrientos y desposeídos, como parte de un plan mucho más amplio de dominio comunista mundial. Las acciones de Estados Unidos desencadenaron el “miedo rojo” en Ecuador.

Estados Unidos apoyó activamente la dictadura militar que asumió el poder en 1963. Solamente en ese año, Estados Unidos entregó cerca de un millón de dólares en armas y municiones al gobierno militar, y dio entrenamiento militar en Panamá a la Policía y al Ejército del Ecuador. En un intercambio particularmente revelador, en septiembre de 1963, el embajador ecuatoriano en Estados Unidos, José A. Correa, se encontró en Washington con el secretario de Estado, Dean Rusk (MRE-CR, 1961-1964). En su conversación, Rusk se mostró particularmente interesado en preguntar a Correa acerca de los comunistas cubanos, interrogando al embajador sobre posibles infiltraciones en Ecuador. En respuesta, Correa reportó con orgullo todas las medidas represivas que la Junta Militar había tomado, agregando, sin rastro de vergüenza, que Ecuador debía ser considerado por Estados Unidos como una nación amigable y de orientación “democrática”. El secretario de Estado Americano no hizo comentarios sobre el golpe de Estado ni sobre la represión empleada por el régimen y, en lugar de eso, prometió apoyo a la dictadura.

En este período de postguerra, Estados Unidos por primera vez comenzó a emplear efectivamente su poder para imponer su voluntad sobre Ecuador. Estados Unidos ahora tomaba en cuenta a Ecuador y Ecuador sufría las consecuencias de esta atención. Durante el período de la Guerra Fría, Estados Unidos alcanzó sus objetivos en Ecuador: la prohibición de los partidos políticos progresistas, la persecución a los sindicatos de izquierda, el despido, encarcelamiento, golpizas, exilio y asesinato de intelectuales independientes, profesores y periodistas, así como el debilitamiento de los gobiernos que no le simpatizaban. Con estas acciones durante la Guerra Fría, Estados Unidos contribuyó significativamente a aumentar la inestabilidad política y socavó el objetivo de construir una democracia en Ecuador.

### Bibliografía

Archivos consultados:

Ecuador. Ministerio de Relaciones Exteriores. *Comunicaciones recibidas de la legación del Ecuador en Estados Unidos* (citado como MRE-CR). *Foreign Relations of the United States* (citado como FRUS).

Fuentes bibliográficas:

- Agee, Philip (1975). *Inside the Company: CIA Diary*. Toronto: Bantam Books.
- Child, John (1980). *Unequal Alliance: The Inter-American Military System, 1938-1978*. Boulder: Westview Press.
- Clayton, Lawrence A. (1999). *Peru and the United States: The Condor and the Eagle*. Athens: University of Georgia Press.
- Connell-Smith, Gordon (1974). *The United States and Latin America*. London: Heinemann Educational Books.
- Kofas, Jon V. (1966). “Politics of Conflict and Containment: Ecuador’s Labor Movement and U.S. Foreign Policy, 1944-1963”. En *Journal of Third World Studies* 13:2 (otoño): 61-118.

- (2001) “The IMF, the World Bank, and U.S. Foreign Policy in Ecuador, 1956-1966. An Examination of Leadership in a Private and a Public Sector Organization”.
- Langley, Lester D. (1989). *America and the Americas: The United States in the Western Hemisphere*. Athens: University of Georgia Press.
- LaRosa, Michael y Frank O. Mora (Eds.) (1999). *Neighborly Adversaries: Readings in U.S.-Latin American Relations*. Lanham: Rowman & Littlefield Publishers, Inc.
- Levinson, Jerome and Juan de Onís (1999). “The Alliance That Lost Its Way: A Critical Report on the Alliance for Progress”. En Michael LaRosa y Frank O. Mora. *Neighborly Adversaries: Readings in U.S.-Latin American Relations*. Lanham: Rowman & Littlefield Publishers, Inc.: 179-191.
- Martz, Mary Jeanne Reid (1968). “Ecuador and the Eleventh Inter-American Conference”. En *Journal of Inter-American Studies* 10: 2 (abril): 306-327.
- Mecham, J. Lloyd (1965). *A Survey of United States-Latin American Relations*. Boston: Houghton Mifflin Company.
- Molineu, Harold (1990). *U.S. Policy Toward Latin America: From Regionalism to Globalism*. Boulder: Westview Press.
- Rabe, Stephen G. (1999). *The Most Dangerous Area in the World: John F. Kennedy Confronts Communist Revolution in Latin America*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- Smith, Peter H. (1996). *Talons of the Eagle: Dynamics of U.S.-Latin American Relations*. New York: Oxford University Press.
- Steward, Dick (1980). *Money, Marines and Mission: Recent U.S.-Latin American Policy*. Lanham: University Press of America.
- Terry, Robert H. (1972). “Ecuadorian Foreign Policy, 1958-1968: As Reflected in the O.A.S. and the U.N.”. Disertación doctoral, American University.
- Zook, David H., Jr. (1964). *Zarumilla-Marañón: The Ecuador-Peru Dispute*. New York: Bookman Associates.